

## § II. — Geografía.

## N.º 1. — Conocimientos geográficos de los Romanos.

*Polibio* dice que las victorias de los Romanos abrieron el mundo á los viajeros (1). Las conquistas de César en las Galias, las de los emperadores en la Germania y la Bretaña, completaron estos descubrimientos á manó armada. Cuando la política de la paz reemplazó á la de la guerra, los descubrimientos se detuvieron igualmente. Se emprendieron algunos viajes por orden de Augusto; Aelio Galo visitó la Arabia, Petronio la Etiopía (2). Pero no se continuaron estas expediciones; no estaban en armonía con el genio romano. Sin el espíritu comercial de Alejandría, hubiese cesado tal vez toda relacion entre el Oriente y el Occidente.

Si la ciencia geográfica no verificó progreso alguno fuera de los límites del Imperio, la monarquía universal de Roma favoreció al ménos la exploracion de aquella parte de la tierra que formaba el mundo romano. La descripción exacta de las provincias era un interes de administracion pública. Julio César habia proyectado ya la gigantesca empresa de un catastro que comprendiese toda la República. Agripa comenzó el trabajo; se terminó en tiempos de Augusto. Se trazaron mapas y se depositaron en los archivos (3). La geografía no cesó de enriquecerse, aún en medio de la decadencia literaria. Gracias á la poderosa unidad romana, pudo ordenar Tolomeo un sistema geográfico, que durante siglos fué el manual de los pueblos de Europa.

La inmensidad del imperio, la facilidad de las comunicaciones, era un nuevo espectáculo que llamó la atención é ilusionó á los contemporáneos; creyeron que la tierra entera era conocida y es-

(1) POLYB., IV, 40, 2; III, 58.

(2) PLIN., H. N., VI, 32.—DION. CASS., LIII, 29.

(3) PLINIO se sirvió de ellos para la composicion de su grande obra (FORBI-GER, *Handbuch der alten Geographie*, t. I, p. 369).

taba cultivada. Oigamos á *Tertuliano*: «El mundo está cada dia más embellecido y más magnífico; ninguno de sus rincones queda inaccesible, y todos están frecuentados..... Se está seguro de hallar por todas partes una habitacion; por todas partes un pueblo, un estado, la vida..... Nuestra influencia se deja sentir sobre el mundo» (1). La ciencia estaba léjos de corresponder á esta viva pintura. Las fábulas más absurdas llenan los escritos de los autores romanos.

*Diodoro* hace una larga descripción de una isla fabulosa situada en el Océano meridional. Cuenta de sus habitantes las cosas más increíbles: «Sus huesos pueden encorvarse y volver á recobrar su posición, como cuerdas elásticas..... Su lengua está partida á lo largo, lo cual permite al mismo hombre hablar con dos personas á la vez.» Esta isla parece ser una creacion semejante á la de la *Utopía* de Morus, á juzgar por algunos detalles que se refieren á sistemas filosóficos. La comunidad de mujeres se halla en ella establecida; no se cria á los hijos contrahechos; el modo de vivir los habitantes está determinado por las leyes. Estas costumbres recuerdan la República de Platon (2).

*Plutarco* describe las islas Afortunadas, especie de paraíso terrenal: «Los frutos espontáneos de la tierra alimentan con abundancia á un pueblo que pasa su vida en no hacer nada, libre de penas y cuidados..... De aquí aquella creencia general que ha penetrado hasta los Bárbaros, de que estas islas encierran los Campos Elíseos y la mansion de las almas bienaventuradas celebrada por Homero» (3). Los antiguos pretendian tener un conocimiento tan cierto de los infiernos como del paraíso; situaban su entrada en el Occidente y daban sobre este particular detalles tan precisos que admira su ignorante credulidad. Estas tradiciones no solamente se encuentran entre los poetas, sino tambien en graves historiadores (4).

*Pausanias* cuenta formalmente que hizo largas averiguaciones acerca de los Sátiros; al fin encontró un Cario que le dió las no-

(1) TERTULL., *De Anima*, c. 30.

(2) DIODOR., II, 55-60.

(3) PLUTARCH., *Sertor.*, c. 8.(4) CLAUDIAN., *In Rufin.*, I, 123.—PROCOPI., *De Bell. Goth.*, IV, 20.

ticias deseadas: «Hacia yo vela hacia Italia, le dijo el Griego, cuando los vientos me arrojaron muy lejos en el Océano. Allí están las islas llamadas Satírides; los navegantes las conocen, pero evitan el abordar á ellas, porque saben que están habitadas por hombres semi-salvajes. La tempestad me arrojó á ellas; allí vi seres tales como se nos representa á los Sátiros, lascivos y con colas poco más cortas que las de los caballos» (1).

Los geógrafos mismos que, por la especialidad de sus estudios, hubieran debido librarse de estos errores, se complacen en repetir narraciones fabulosas. Echemos una rápida ojeada sobre sus trabajos. Se ve en ellos un verdadero progreso en el conocimiento de la tierra, pero indican al mismo tiempo una ciencia que está todavía en la infancia.

#### N.º 2.—Estrabon.

La Geografía es una ciencia digna de ocupar las meditaciones de los espíritus filosóficos. Antes de que hubiese demostrado que todas las partes de la tierra están habitadas por la misma raza, podía la imaginación crédula poblar las regiones desconocidas de seres, imaginarios unos, criaturas monstruosas y horribles otros, realizando aquel ideal de felicidad que los hombres sueñan incesantemente, sea en lo pasado, sea en los lugares inaccesibles, sea en lo porvenir. Los descubrimientos sucesivos arrojan á los pueblos fabulosos de sus estancias, hasta que la ciencia, llegando á su perfección, despliega á los ojos de los hombres el magnífico cuadro de la unidad humana. La Geografía es, pues, una ciencia verdaderamente cosmopolita; debía atraer desde la antigüedad á los filósofos que en medio del aislamiento de los pueblos abrazaban á la humanidad entera en su doctrina. Tal era la secta estoica: de su seno salió el mayor geógrafo del mundo antiguo. *Estrabon* profesa los elevados sentimientos que distinguen á la escuela de Zenon. Reprueba la división del género humano en Griegos y en Bárbaros; recordando el error de Aristóteles que aconsejó á Alejandro que

(1) PAUSAN., I, 23, 5, 6.

tratase á los Helenos como á amigos y á los Persas como á enemigos, felicita al héroe macedonio por haber rechazado tan funestos consejos y haber juzgado á los hombres, no según su raza, sino según sus cualidades (1). *Estrabon* unia á un espíritu filosófico vastos conocimientos históricos; largos viajes le pusieron en condiciones de poder comprobar por sí mismo la exactitud de las descripciones de los autores (2). La obra de *Estrabon* tiene un interés más todavía: en la época en que escribía, Roma había acabado sus conquistas y se vanagloriaba de ser la reina del universo. El geógrafo griego nos enseñará cuál era la extensión del *mundo romano*.

El Occidente apenas acababa de ser descubierto por las legiones. Las Galias y la España, aunque conquistadas, se conocían aún imperfectamente (3). César había tan sólo puesto el pié sobre el suelo de la Bretaña, como para disipar las dudas que se suscitaban acerca de la existencia de aquella isla separada del resto del mundo. Los Germanos no estaban vencidos; sin embargo, se habían establecido relaciones entre ellos y los Romanos; gracias á estas nuevas relaciones, *Estrabon* fué el primero en dar noticias algo detalladas de esta parte de la Europa (4); pero él mismo confiesa que su conocimiento de la Germania era muy incompleto. El Norte era desconocido, la existencia de las islas escandinavas ignorada.

Después de los descubrimientos de Alejandro y de los Seleucidas, la geografía del Asia permaneció estacionaria. Las primeras noticias extendidas sobre el mundo oriental estaban oscurecidas por narraciones fabulosas. Al empezar la descripción de la India, *Estrabon* reclama indulgencia de los lectores; se queja amargamente de las relaciones imaginarias de que los compañeros de Alejandro y los embajadores de Seleuco habían llenado sus es-

(1) STRAB., lib. I, *fine*.

(2) Véase el detalle de sus viajes en FORBIGER, t. I, p. 304, nota 64.

(3) UKERT (*Geographie der Griechen und Römer*, t. II, 2.ª sec., p. 60-63.) ha hecho notar los errores que Pomponio Mela, Dionisio de Halicarnaso y Diodoro han cometido en la descripción de las Galias.

(4) FORBIGER, t. I, p. 312, not. 76, 78.

critos (1). Roma no tuvo aquel gusto aventurero de conquistas lejanas que hacía desear al héroe macedónico nuevos mundos que vencer; el Eufrates siguió siendo el límite de su imperio en Asia. Los descubrimientos que se hicieron después de Estrabon se deben á las relaciones marítimas que los comerciantes de Alejandría mantuvieron con la India.

Las nociones de Estrabon acerca de África no solamente son incompletas, sino falsas; supone que la tierra no puede estar habitada en la zona tórrida, á causa del excesivo calor. Este error, tan general en la antigüedad, prueba cuán imperfecto era el conocimiento de la tierra: se miraba á la regiones más fértiles como el lugar eterno de la esterilidad y de la soledad (2). Imbuido en esta preocupacion, el geógrafo griego desechó todos los hechos que contrariaban su sistema. Herodoto habia hecho mencion de un viaje de circunnavegacion del África, llevado á cabo por los Fenicios, señalando circunstancias que quitaban toda sospecha de ficcion. Posidonio habia referido los viajes de Eudoxio, el más héroe de los navegantes antiguos (3). Estrabon considera como fábulas todas estas narraciones. Por una singular contradiccion del espíritu humano, el mismo hombre que reverenciaba á Homero como un libro sagrado y no dudaba de la exactitud de las tradiciones fabulosas de los tiempos primitivos, se negaba obstinadamente á dar fe á los descubrimientos reales hechos por viajeros atrevidos. Acusa de mentirosos á Piteas, Eudoxio y Megastenes y busca con toda formalidad los lugares en que Ulises se detuvo en sus expediciones poéticas.

¿Cuál era en definitiva el mundo conocido al principio de la era cristiana? Terminaba al norte, hácia la embocadura del Elba; al mediodía en las regiones que baña el Níger; el oriente no se extendía más que hasta el Ganges; el norte del Asia y de la Europa era desconocido. Roma se creía la señora del universo é ignoraba hasta la existencia de numerosas poblaciones que iban bien pronto á romper y derribar el imperio de la ciudad que, en medio

(1) Lib. xv, *init.*

(2) Lib. xvii, p. 567.—ROBERTSON, *Historia de América*, lib. I, y nota 8.

(3) Véanse los tomos I y II de mis *Estudios*.

de la inestabilidad de las cosas humanas, tenía el orgullo de llamarse eterna.

### N.º 3.—*Pomponio Mela.*

El conjunto de la geografía de Mela es más extenso que el de Estrabon, aún cuando apénas los separa un intervalo de veinte ó treinta años. Pero el geógrafo romano es inferior al autor griego por su aficion á las descripciones fabulosas; puebla todas las partes de la tierra de habitantes imaginarios. «Ha leído, dice, en escritores dignos de fe que en las islas del Norte de Europa viven los Hippopodos, con piés de caballo, y los Panotos, cuyas largas y grandes orejas envuelven todo su cuerpo y les sirven de vestidos» (1). Reproduce la tradicion sobre los Arimaspos, pueblo escita que tiene solamente un ojo, á pesar de que Estrabon y Herodoto habian ya tratado de ridículo este cuento. Cree que los Nomadas, otro pueblo escita, pueden convertirse en lobos y volver á tomar después su forma primitiva (2). El África ha sido para los antiguos la patria de los seres más extraños. Allí viven los Trogloditas, que no hablan; los Blemyos que no tienen cabeza; los Sátiros y los Eguipanes, que participan al mismo tiempo de hombre y de animal (3).

La creencia casi universal en fábulas tan absurdas es un rasgo característico de la antigüedad; prueba el poco progreso que habia hecho la verdadera ciencia y cuán léjos estaban de concebir la unidad del género humano.

### N.º 4.—*Plinio.*

Las conquistas de los Romanos se detuvieron con el Imperio. Las legiones continuaron por algun tiempo su marcha invasora, pero solamente por Europa; también es ésta la única parte del

(1) MELA, III, 6.

(2) MELA, II, 1.

(3) MELA, I, 4, 8; III, 9.

mundo en la que la geografía de Plinio presenta un progreso real. Conoce el curso del Danubio en la Germania y la Panonia; al Norte se extienden sus conocimientos hasta el Vístula y las orillas del Báltico; es el primero que habla, aunque vagamente, de la Escandinavia (1). Pero aún suministrando alguna luz sobre el Occidente, por tanto tiempo ignorado, los ejércitos romanos no destruyeron la creencia de la existencia de pueblos fabulosos en aquella parte de la tierra. Plinio tiene un respeto supersticioso hacia los libros; basta que una fábula conste por escrito para que la admita como un hecho cierto. «Apénas puede dudarse, dice, de la existencia de los Hyperbóreos, cuando tantos autores refieren que tenían la costumbre de enviar las primicias de sus frutos á la isla de Délos» (2).

La geografía del Asia oriental quedó estacionaria. En el sistema de Plinio, el Océano llena los vastos espacios que ocupan la Siberia, la Mongolia y la China. Esta era una opinion general; se fundaba en la autoridad de Homero y de los filósofos, que representan la tierra rodeada por todas partes de mar (3). Las regiones del Norte están siempre habitadas por pueblos fabulosos: «Si no se han visto jamas seres de esta clase extraordinaria, dice Plinio, no debe admirarnos, porque no pueden respirar bajo otro cielo.» El geógrafo latino se hace eco de los cuentos recitados por Ctesías, Onesícrito y Megasténes: «Los Indios del Mediodía tienen los piés de un codo de largo, al paso que los piés de las mujeres son sumamente pequeños.» Al lado de los Sátiros figuran los Pigmeos: «Sus cabañas están construidas con plumas y cáscaras de huevo; por la primavera bajan á la orilla del mar, llevados por carneros y cabras; comen los huevos y los hijuelos de las grullas, sus enemigos mortales» (4).

El Africa fué conquistada por los Romanos; pero el pueblo rey no tenía el genio comercial de la raza fenicia que destruyó ó dispersó; contentóse con cultivar para sí el rico litoral, sin aventurarse en lo interior del inmenso continente. Los escritos del rey

(1) MALTE-BRUN, *Historia de la Geografía*, lib. XII.  
 (2) PLIN., H. N., IX, 26, 13, 14.  
 (3) PLIN., II, 67.—MALTE-BRUN, lib. XI.  
 (4) PLIN., VII, 2, 3.

Juba dieron, sin embargo, á Plinio noticias acerca de un rio que corria al otro lado de los desiertos; pero confundió el Níger con el Nilo (1). Una creacion monstruosa llena aquellas tierras desconocidas; hombres sin cabeza, con la boca y los ojos en el pecho, unos pueblos sin nariz, otros sin lengua (2). Preferimos á aquellas horribles tradiciones los habitantes del Atlas, producto de la imaginacion riente de la raza helénica: «Durante el dia no se ve allí ningun habitante, pero por la noche resplandece con innumerables fuegos; los Eguipanes y los Sátiros le llenan con su alegría; resuena con los ecos de las flautas y de las gaitas, y con el ruido de los tambores y de los címbalos.» No puede dudarse de ello, segun Plinio, porque «lo han referido célebres autores» (3).

Los Romanos del imperio creian todavía en los Tritones y en las Nereidas (4). ¡Cosa extraña! La existencia de aquellos seres imaginarios era atestiguada por testimonios dignos de fe. Se envió una diputacion de Lisboa al emperador Tiberio para anunciarle que se habia visto y oido á un Triton que hacia sonar un caracol. El legado de la Galia escribió á Augusto que se veian sobre la costa varias Nereidas muertas. «Puedo, añade Plinio, citar testigos, que ocupan un lugar distinguido en el orden ecuestre y que me han asegurado haber visto en el Océano de Cádiz un hombre marino.» Esta credulidad nos explica cómo los milagros han hallado crédito en el mundo romano: los ánimos estaban dispuestos á creer los hechos más increíbles. Lo más extraño es, que un sabio que estudió la naturaleza bajo todas sus manifestaciones, que halló una muerte gloriosa queriendo sorprender sus secretos hasta en sus más terribles trastornos, haya dado crédito á semejantes cuentos. Plinio nos explica los motivos de su error. «La ingeniosa naturaleza, dice, ha producido en la especie humana estas variedades y tantas otras: juguetes para ella, maravillas para nosotros, y por otra parte, ¿quién podria enumerar lo que

(1) La descripcion novelesca de aquel caudal de agua imaginario ha dado materia á un geógrafo moderno para divertirse á expensas del sabio enciclopedista (MALTE-BRUN, *Historia de la Geografía*, lib. X).

(2) PLIN., VI, 53, 10.  
 (3) PLIN., V, 1, 6.  
 (4) PLIN., IX, 4, 1, 2.

hace cada día, y áun por decirlo así cada hora? Para manifestar su poder bástenos haber citado naciones que son prodigios» (1). La naturaleza abrumba con su grandeza á los primeros hombres que tratan de penetrar en ella; no saben que este poder que les parece ilimitado tiene sus leyes inmutables, fundadas en la esencia misma de la creacion. La especie que habita nuestro globo es una; todos los seres monstruosos de que poblaban los antiguos las regiones desconocidas han desaparecido ante los descubrimientos modernos y ante el dogma de la unidad humana.

N.º 5. — Tolomeo (2).

Tolomeo echó los cimientos de la geografía moderna, basándola sobre cálculos matemáticos. Los Arabes lo tradujeron inmediatamente; reinó en la ciencia durante catorce siglos. Su obra, árida nomenclatura de países y de ciudades, no ofrece el mismo interes que la de Estrabon; no debe buscarse en ella más que un resumen sistemático de los conocimientos de los antiguos.

Tolomeo traza el cuadro de la Europa con más detalles y precision que ninguno de sus predecesores. El Occidente y el Norte están dibujados con bastante regularidad; Inglaterra é Irlanda aparecen bajó su verdadera figura. Los conocimientos de Tolomeo sobre la costa septentrional de Alemania no son más extensos que los de Plinio; pero es el primero que hace una descripcion exacta del Quersoneso címbrico. Los comerciantes de Alejandría iban á buscar al ámbar á aquellas lejanas comarcas; gracias á sus comunicaciones estuvo Tolomeo en estado de describir el nordeste de la Europa y del Asia, de que Estrabon y Plinio no tenian más que una falsa idea.

¿Han conocido la China los antiguos? Es un problema de geografía cuya solucion permanece más ó ménos incierta. Se ha creído que el comercio de la seda probaba la existencia de relaciones

(1) PLIN., VII, 3, 25.

(2) FORBIGER, *Syst. der alt. Geogr.*, t. I, p. 418 y sig.

antiguas con el celeste imperio (1). A esto se contesta que el cultivo de la seda existe en la India desde tiempo inmemorial, y que parece en ella indígena (2). Nos parece que el nombre que los antiguos daban al país de la seda nos conduce más bien á la China que á la India. Llamábase *Sérica* el país de donde se sacaba aquel hilo precioso. Esta palabra viene de *sse*, ó *sir* en el lenguaje de los pueblos del norte de la China (3), nombre con que se conoce la seda desde tiempo inmemorial entre los Chinos. Sin embargo, la posicion de la *Sérica* quedó siempre indeterminada. Designábanse como tal todos los lugares en que la seda era indígena, ya originariamente, ya por trasplatacion, así como los pueblos que iban á buscarla ó que servian de intermediarios para trasportarla. Las relaciones directas entre el Occidente y el Asia oriental no se establecieron hasta los siglos cuarto y quinto por los comerciantes que navegaban en el mar de las Indias. Tolomeo es el primer geógrafo que conoce la China meridional. Un marino de Alejandría se habia aventurado hasta el gran puerto de Cattigara (tal vez Canton); el diario de su navegacion dió nociones enteramente nuevas sobre los golfos de Tonkin, de Siam, la península de Malaca, las islas de Sumatra y de Java.

Las relaciones comerciales entre el Egipto y el Oriente extendieron considerablemente la geografía de la India. La exactitud en los nombres indios referidos por Tolomeo ha hecho aún suponer que habia adquirido sus noticias en relaciones escritas fundadas en textos sanscritos (4). Los conocimientos de Tolomeo sobre la parte de Africa que ocuparon los Romanos son tan extensos y exactos que apénas los han igualado los descubrimientos modernos; pero sobre la gran cuestion de circunnavegacion del Africa parti-

(1) PARDESSUS, *Memoria sobre el conocimiento de la seda entre los antiguos*, en las *Memorias del Instituto*, t. xv.

(2) RITTEB, *Historische Daten über die Verpflanzung des Chinesischen Seidenwurms durch Mittelhohasien* (*Asien.*, t. VI, 1.ª parte, 689, 710).

(3) RÉMUSAT, en el *Journal Asiatique*, t. II, p. 245-246.

(4) BENFEY, en la *Encyclopédie d'Ersch*, S. II, t. XVII, p. 94. LASSEN trae ejemplos de palabras zendas y sanscritas que se encuentran en la Geografía de Tolomeo. (*Dissertatio de Trapobane insula*, p. 6, 9 y 17.—Compárese BOURNOUF, *Comentario sobre el Yasna*, t. I, p. XCIII-CXX, CLXXXI-CLXXXV. — HUMBOLDT, *Exámen critico de la Geografía*, t. I, p. 45-49.)

cipa del error sistemático de Estrabon. ¡Cosa admirable! A pesar de la inmensa autoridad de que gozó el geógrafo alejandrino, la convicción de que la Europa se une con la India por el Océano se arraigó en los espíritus, el instinto de la humanidad triunfó sobre los sistemas de los sabios; confiados en esta creencia, los atrevidos navegantes del siglo XV se abandonaron á merced de las ondas, para ir, bajo la mano de Dios, al descubrimiento de nuevos mundos.

La antigüedad no ha tenido, pues, más que una noción incompleta del globo. Lo que *Ciceron* dice de los conocimientos geográficos de su tiempo, puede aplicarse, con algunas reservas, á toda la antigüedad. Supone que de las cinco zonas, solamente dos son habitables. La zona austral, en donde se encuentran nuestros antípodas, es un mundo distinto del nuestro. Queda aquélla de la cual nosotros ocupamos una pequeña parte. Es una faja extensa, pero estrecha, que forma como una pequeña isla. Entre las naciones que la habitan casi no hay relacion alguna. «Los hombres dispersos sobre el globo están de tal manera aislados los unos de los otros, que no hay comunicacion posible entre los diversos pueblos» (1). El Norte de la Europa, el Norte y el Este del Asia eran más bien adivinados que conocidos. La circumnavegacion del Africa habia sido intentada, pero sin éxito para el comercio ni para la ciencia. Un mundo desconocido estaba oculto en las profundidades del Océano. Si se tiene en cuenta el punto de partida de los antiguos y los instrumentos imperfectos de que podian disponer, deben admirarse sus esfuerzos y la extension de sus conocimientos. Sin embargo, la antigüedad estaba todavía léjos de su fin; habiendo partido del aislamiento se habia concentrado en un inmenso imperio; pero los espíritus no se habian elevado al concepto de la unidad del mundo y de sus habitantes. Más allá de la dominacion romana volvia á empezar la division, carácter fundamental de la civilizacion antigua; la mayor parte de la tierra quedó desconocida para aquellos que se creian los señores del univer-

(1) CICER., *De Rep.*, VI, 14, 15. C. SENECA., *Consol. ad Marc.*, 18. «*Seclusæ nationes locorum difficultate.*»

so. La raza guerrera y viajera que va á reemplazar á Roma continuará su obra; ella completará el descubrimiento de la tierra habitable. Al mismo tiempo un dogma, ignorado de la antigüedad, mostrará en todos los pueblos hermanos que deben contribuir, cada cual en la medida de las facultades que les ha concedido la Providencia, á realizar la unidad humana.